



Pero ¿á qué bien no acompaña algun desorden? Fácil pasto es este para los miserables gusanos de la crítica; pero el hombre pensador no se cuida sino de examinar si las ideas fueron consideradas más rectamente.

Y lo fueron, si no nos engañamos.

Ante unos sucesos tan apremiantes, que, como en un teatro, hicieron en el espacio de pocos años pasar á la vista del mundo las revoluciones de muchos siglos; ante unos hechos tan extraordinarios; ante unos hombres tan repentinamente precipitados desde el altar al polvo; ante aquellas organizaciones, ante aquellas leyes rápidas é improvisadas como las victorias, ya no fué lícito ser frívolo; una meditación atenta hizo extender la mirada á pueblos y acciones diferentes; enseñó á discernir las causas, á señalar la conexión de acontecimientos distantes entre sí, á juzgar á los partidos entre la ira con que mutuamente se atacaban. Los combates de la fe habian sucedido á la garrulería eclesiástica; los apóstoles y los mártires á los disputadores ociosos: el grande hombre que tanto superó la comun medida, mientras acababa de destruir las franquicias de la edad media, ayudaba con su grandeza á comprender la de ésta. La Europa, durante una convulsion tan violenta, habia obrado por sentimiento más bien que por raciocinio: la Grecia y otros países habian proclamado la libertad, en nombre de las ideas que movian á la edad media; la indiferencia perezosa se despartió al impulso que le comunicaron excitaciones grandes de amor, de piedad, de odio, de horror, de admiración; se conocieron las naciones, y regenerando su fraternidad con los pa-

*Tableau des révolutions du moyen âge*, de Kock. Estrasburgo, 1807.

Christiano y Federico Kruse, *Atlas zur Übersicht der Gesch. alter europäischen Länder und Staaten*. Halle, 1827, y París, 1834.

K. V. Spruner, *Historich-geogr. Handatlas*. Gotha, 1837.

Hay además mapas y disertaciones especiales, como la *Notitia Galliarum* de Valois; la *Disertatio chorographica* de Baretti, en el *R. Ital. S.*; la *Marca hispánica* de Marca, etc.

Para la numismática véase á Lelewel, *Numismatique du moyen âge*, con atlas, 1836: 2 tomos.

decimientos comunes, se alargaron la mano por encima de las barreras que la política habia levantado entre ellas.

Algunos entendimientos irreflexivos cerraron los ojos y se entregaron á la risa; los hombres sinceros, que aman la luz y la justicia, se sintieron conducidos nuevamente á la fe por la ciencia, y á la libertad por el orden; siendo digno de notarse que el país que luchó con más energía en favor de la libertad de imprenta, apenas la obtuvo al caer la tiranía de la espada, produjo hombres, algunos de ellos ni siquiera católicos, y todos celosos de conservar intacto el predominio de la razón, los cuales estudiaron sinceramente la edad media; y por muy desfavorables que fuesen sus prevenciones respecto de la organización política y religiosa de aquella época, dirigieron su rumbo hácia la verdad, aunque dando bordadas, contribuyendo mucho á que se descubriesen el verdadero sentido y las ignoradas bellezas de aquel edificio social, y á quitar la herrumbre que empañaba la tiara de Leon el Grande y la coraza de Carlo-Magno y de Godofredo.

Habiendo sido llamados muchos de esos sabios á tomar parte en el poder en virtud de las nuevas instituciones, ó por lo ménos á examinarlas de cerca, cosa permitida á todos, conocieron cuánto distan los hechos de las doctrinas abstractas; aplicaron el dedo á las llagas de la humanidad, aprendiendo á simpatizar con los que padecen y con los oprimidos, más bien que á admirar á los opresores; á no cuidarse tanto de las guerras, para las cuales hay bastante con un ejército, como de la paz, en que toma parte todo el pueblo; á creer que el poder de los recuerdos es inmenso para consolidar las instituciones, y que cuanto contribuye á los progresos estables de la razón, tiene su raíz en los siglos anteriores.

Una nueva literatura, desembarazándose de las trabas de las escuelas y del farrago de las academias, creyó que podía encontrarse la belleza también fuera de los tipos establecidos de antemano, y que en esto, como en lo demás, se debía desear la libertad acompañada del orden. Abandonó, pues, la pedantesca gravedad para aproximarse á la realidad, á la vida, al senti-



miento; consideró lo pasado bajo un nuevo aspecto y en relación con lo presente, buscando no solamente lo bello, sino además lo verdadero y lo bueno; se puso de parte del pueblo, y le interrogó acerca de sus necesidades, de sus padecimientos, de sus deseos; y advirtió que si la poesía de los tiempos antiguos tenía más pulimento, á semejanza del guijarro que se abrillanta á fuerza de rodar en el río, la edad media poseía otra poesía, aunque áspera, más original, y sobre todo más conforme con los sentimientos modernos, con la mezcla de nuestra sociedad, con el estado actual de nuestra civilización.

Las artes favorecieron aquel impulso, y mientras que en otro tiempo Atila, Fredegunda y Manfredo debian presentarse con el traje y el aire de Escipiones y Mesalinas, censurábase ahora al pintor que no era fiel á los usos de la época, y que por afición á lo teatral falseaba la historia y sacrificaba el vigor á la elegancia; á la manera que se acusaría de más que plagio al arquitecto que en la construcción de nuestras basílicas y teatros reproduciese formas griegas y romanas (1).

Surgió además una escuela histórica fatalista, proclamando que «el hombre es tal como le hace su tiempo; que las creencias cambian porque deben cambiar; que los acontecimientos se verifican porque han sido preparados por los que les han precedido; que un siglo no merece aprobación ni desaprobación por lo que es, ó por lo que piensa, y que el hombre no es responsable de las opiniones que toma inevitablemente de su época, como el niño mama la leche de su nodriza (2).» Por triste é inmoral que

(1) Con respecto á las artes de la edad media la colección más extensa es la de Seroux d'Agincourt, *Hist. de l'art par les monuments depuis la decadence au IV siècle, jusqu'à son renouvellement au XVI*. T. 4. París, 1823. Es de sentir que haya reducido los diseños á tan breves dimensiones, y que á veces los juicios estén demasiado ajustados á la misma escala.

Pueden consultarse además.—Los hermanos Boissere, *Musée du moyen âge*.—Du Sommerard, *Les arts au moyen âge*, París.—Caumont, *Hist. sommaire de l'architecture religieuse, civile et militaire du moyen âge*.

(2) También es esta una novedad de que encuentro en Italia vestigios anteriores en un escritor que

sea esta doctrina, la cual quita toda fe en el genio, y roba al hombre el principal mérito de su naturaleza, que es el libre albedrío, conduce, sin embargo, á no creer que los siglos estuviesen subordinados á los individuos, y á no acusar á los hombres de tiránicos y usurpadores, antes de ver si fueron arrastrados por las circunstancias, que realmente determinan la voluntad, sin que por eso la despojen de la facultad que tiene de resistir.

Otro vigoroso escritor, cuyos excesos son los que acostumbra cometer el genio, tomó á su cargo, no tanto examinar, cuanto despreciar, escarnecer y oprimir á los filósofos irreligiosos: proclamó la necesidad del mal y de la sangre que lo expia; dijo que el hombre es un instrumento de los designios de la Providencia, la cual realiza inexorablemente en la tierra una gran redención de los individuos y de la especie, que se transmiten las culpas y la responsabilidad: á la vista de los triunfos deslumbradores de la revolución francesa, profetizó su inevitable ruina, por ser ésta la suerte reservada á todo lo que no tiene su apoyo en lo pasado: negó á los pueblos el derecho de rebelarse, como también á los reyes el de creerse impecables; y á fin de que los abusos de unos y otros no quedasen sin freno y sin castigo, recurrió á las memorias de la edad media, cuando un congreso de hombres escogidos en todos los países, exento de pasiones parciales, y presidido por un anciano inerme, órgano de una justicia infalible por su cualidad de divina, decidía las controversias y pro-

narró la revolución del reino de Nápoles, mostrando ideas mucho más elevadas que otro, á quien oigo proclamar el Tácito y el Salustio de nuestra época. «Mas que las personas (dice) han ocupado mi atención las cosas y las ideas... Los nombres en la historia sirven mas para lisonjear la vanidad de las personas que designan, que para la instrucción del lector. ¡Cuán corto es el número de los hombres que han sabido vencer y dominar los acontecimientos! La mayor parte son esclavos de ellos; son tales, como los tiempos, las ideas, las costumbres y los accidentes quieren que sean. Después de haber descrito bien todo esto ¿para qué nombrar á los hombres? Estoy firmemente convencido, de que si las más de las historias se escribiesen sustituyendo los nombres propios con las letras del alfabeto, se reportaría de ellas la misma instrucción.»



tegia el derecho. ¿Podía su escuela dejar de admirar una época regida por tales instituciones?

Entre estas dos escuelas, la de la Providencia y la de la fatalidad, otra más circunspecta quiso trazar la senda de la verdad en medio de dos abismos, encargándose de justificar todos los hechos, de encontrar una razón á todas las costumbres (1), y demostrar que cada cosa ocupa su sitio, que cada institución tiene una misión que cumplir, no siendo éstos producidos por los individuos, sino por el pueblo;— por el pueblo, siempre en lucha con la brutal conquista ó con la docta opresión. Observando su progresiva mejora y sus pasiones, descubrieron un sentido elevado en las que parecían frívolas disputas de escuelas y concilios, en los monjes, en los municipios, en las cruzadas, á causa de la parte que tomó en ellas el pueblo: colocándose al lado de éste, concibieron tanta aversión hácia la fuerza y la conquista, como interés en favor de las reformas, y de la emancipación y libertad del pensamiento; creyeron que no era posible odiar ó satirizar lo que el pueblo había venerado ó querido en algún tiempo; y que el hombre de genio no puede

(1) Tal fué el objeto de Montesquieu. Véase cómo quiere disculpar la venalidad de los empleos en Francia, uno de los mayores absurdos políticos y económicos introducidos desde el tiempo de Luis XII; y sin embargo, no muestra haber conocido los bienes que produjo.—Aprovecharé esta ocasión para explicarme acerca de un punto capital de mi historia, que un crítico benévolo indicó, y de que se valió otro malévolo para probar que soy consecuente conmigo mismo. El primero dijo que mi sistema es el de Bossuet, y el segundo encontró en esto motivos para combatirme, porque en las particularidades doy importancia á la voluntad del hombre, á la actividad personal. En efecto, se la doy y mucha; y hasta en el acto mismo de trazar estas líneas conozco la importancia de esa voluntad. Bossuet concentra toda la historia en el pueblo hebreo; los lectores saben que yo le imito en esto. Los imperios, según el obispo de Meaux, nacen, se elevan y declinan, por obra sólo y en virtud de los impenetrables designios de la Providencia, de modo que el hombre desaparece, ó es un instrumento puramente pasivo. Yo, sin dejar de venerar á la Providencia, me esfuerzo en hacer que se sienta la acción del hombre, que sean apreciadas su libertad y su responsabilidad. Es fácil censurar á un escritor, atribuyéndole un sistema distinto del suyo; ¿pero puede calificarse de leal semejante conducta?

ser grande sino en cuanto comprenda y favorezca los instintos, las pasiones, las fuerzas de su nación, de su tiempo y de la humanidad entera.

Mayor aún ha sido la influencia ejercida por la escuela de los sansimonianos, despojada de las impías galas en que un tiempo se envolvió como religión de lo porvenir, y de la absurda pretensión de aniquilar la propiedad, la herencia, la familia, y reducir la ciudadanía á un juego de bolsa. Este sueño, el más magnífico de nuestra edad, tan rica en sueños, suministró ideas poderosísimas á la sociedad y á la literatura, proclamando que en el pueblo residen las facultades creadoras del trabajo, de la industria, del genio y de la civilización, y que es preciso emanciparle de los harapos de que le rodearon el feudalismo del dinero y la iniqua distribución los goces y de las penas.

Y nosotros, que pertenecemos al pueblo y que reconocemos á nuestros progenitores en los esclavos de Roma y en los siervos de los tiempos medios, tomamos parte en sus oscuros padecimientos, comprendemos las ventajas producidas por el cristianismo, nuevo vínculo de afecto, de doctrina, de actividad; y agitados por la tempestad en una época crítica, en la que todo se ha puesto en duda y sometido á discusión, comprendemos mejor la edad media, época orgánica, en que la poesía era religión, y en que guiaba á las naciones un solo sentimiento. Muchos pensamientos que habían brillado ante la mente de los filósofos más insignes, fueron reducidos á sistemas: se declaró que para conocer á los individuos y al género humano no basta considerar los actos exteriores, sino que deben apreciarse sus sentimientos y raciocinio, y su desarrollo poético ó religioso juntamente con el teórico ó científico, ó con el industrial; que la historia ha de tratar, no de un solo pueblo, sino de todo el género humano; resultando de tal exámen un continuo progreso de éste, una realización de su perfectibilidad indefinida, una marcha hácia el conocimiento y cumplimiento de su destino social, estableciendo la armonía entre los sentimientos, la doctrina y las acciones.

La edad de oro no ha quedado, pues, detras



de nosotros; está en lo porvenir, y á ella deben dirigirse nuestros comunes esfuerzos con paz, órden y caridad, para dar al mundo entero un carácter de concordia, de sabiduría, de belleza, en una sociedad benévola, regular y vigorosa.

El tiempo, que da firmeza á las verdades y anula los comentarios de la mentira, hizo fructificar cuanto había de sensato y social en estos sistemas, derivando de ahí una idea más grandiosa y verdadera de la historia y de sus deberes. Se ha visto que su importancia depende de la ayuda que presta para dar á conocer al hombre la influencia de las instituciones y de los hechos en la condición de los pueblos; de suerte que no tiene mayores atractivos en los tiempos de César que en los de los Federicos. Comprendiendo que los siglos no están subordinados á los individuos, aun cuando falten las memorias de éstos, ilustra la vida de los pueblos y de las sociedades, y compartiendo sus penas y esperanzas, enlaza la inmensa categoría de los acontecimientos que carecen de fecha; lleva á ellos la triste oportunidad de nuestros padecimientos, y hace contemporáneos áun los sucesos más remotos, porque el ser de quien se trata vive aún; aún se fatiga, lucha y espera. Es, pues, lo pasado un serie de emancipaciones lentas, difíciles y dolorosas, pero seguras; espectáculo consolador y eficaz, que no nos permite creer en la decrepitud de nuestra época, sino que por el contrario, ofreciéndonos la perspectiva de mejoras futuras, nos inspira amor al trabajo, como á un destino que necesitamos llenar. Así, mientras que los enciclopedistas ridiculizaban lo pasado, nosotros nos imponemos el deber de estudiarlo, como preparación y escuela de lo porvenir; y al paso que aquéllos combatían la sociedad, y querían hacer, ó como decían, volver al hombre ateo y salvaje, nosotros nos empeñamos, en cuanto está de nuestra parte, en añadir quilates á su instrucción y á su moralidad, y en apresurar, al traves de las tinieblas y de las espinas, el reinado de Dios, que es la razón, la verdad y la virtud.

Como consecuencia de estas ideas, más vastas y generosas, los autores, cesando de profesar al asunto un desprecio sugerido ántes por

la pereza que por la reflexión, con mayor sinceridad, con duda reflexiva, con tranquila imparcialidad, debida á sucesos ya consumados, pero que nos tocan de cerca, con aquella paciencia que no se asombra de nada, que nada teme, se consagraron á un estudio largo y fastidioso, como es el de la edad media, pero fecundo en resultados (1). Comprendióse entonces

(1) Además de los historiadores de la edad media ya nombrados, mencionaremos á:

Meiners, *Vergleichung des sitten des Mittelalter mit denen unsers Jahrhunderts*. Hannover, 1797.

Hüllmann, *Städtewesen in Mittelalter*.

J. Ch. Schlosser, *Veltgeschichte in zusammenhängender Erzählung*. Francfort, 1817; sumamente erudito, emplea las notas, no sólo como comprobación, sino también como ilustración del texto, aunque la pasión es causa de que no siempre haya apreciado bien los hechos.

Guizot, *Hist. de la civilization en France*. Habla de todos los sistemas sin detenerse en ninguno, y su obra tiene el mérito de haber hecho populares muchas verdades, patrimonio ántes de un corto número de personas, y de haber reconocido, sin embargo de ser protestante, las ventajas de la organización religiosa.

Frantin, *Annales du moyen áge comprenant les temps qui se sont écoulés depuis la decadence de l'empire romain jusqu'à la mort de Charlemagne*. París, 1825; excelente colección de materiales, defectuosa sin embargo en cuanto al órden, y arbitraria en la clasificación de los hechos.

H. Buden, *Allgemeine Geschichte der Völker und Staaten des Mittelalters*. Jena, 1821; no parece bastante profundo ni imparcial, aunque es muy rico de conocimientos y de práctica.

Feder. Rehm, *Handbuch des Geschichte des Mittelalters*. Marburgo, 1832-39. Distribuye su obra no por naciones, sino por épocas bien determinadas, y emplea con maestría la multitud de materiales esparcidos en tantos libros, que es quizá un prodigio ó una fortuna encontrarlos. Divide los pueblos en occidentales y orientales, y derrama mucha luz, especialmente en estos últimos.

Ruhs, *Handbuch der Geschichte des Mittelalters*. Viena, 1817; 2 tomos; separa también la historia oriental de la occidental, y está demasiado desprovisto de pormenores, y es desaliñado.

La diferencia entre occidentales y orientales ha sido expuesta con más claridad que nadie por Ludw. Giesebrecht, *Lehrbuch der mittleren Geschichte*, 1835; obra que revela mucha diligencia y pureza, pero sólo para el que sea conocedor de aquella época, y quiera únicamente ordenar las ideas.

Leo, *Geschichte des Mittelalters*. Halle, 1836; tiene el mérito de haber seguido un órden nuevo, menos según los hechos que según las ideas, formando su escala los diversos grados de cultura occidental y árabe, y la influencia ejercida ó experimentada por las vicisitudes exteriores.



que bajo la tosca letra de las crónicas, se ocultaban y podían sacarse de allí, como de los palimpsestos, noticias que se habían escapado á los eruditos, desprovistos de la inteligencia y el sentimiento de las grandes transformaciones sociales, y que considerando como legistas ó analistas los contratos, las actas públicas y las fórmulas judiciales, no conocieron lo que palpataba vivo para la imaginación, en aquel cadáver que estaban disecando. Entonces se puso empeño en averiguar el origen de los pueblos bárbaros, no contentándose con repetir cosas ya dichas ni observar con los ojos del vulgo docto; investigando además cómo se establecieron en el territorio romano, cuál fué la condición á que redujeron á los vencidos, si se fundieron, y hasta qué grado, con éstos, y cómo de la mezcla de la sangre y de los elementos sociales surgió una nueva sociedad; cuánto contribuyó á ello Carlo-Magno, cuánto las misiones pacíficas ó las sangrientas; y hasta qué punto favorecieron el feudalismo y las cruzadas al progreso, cooperando á despertar aquel movimiento de las comunidades, al cual debió Italia su grandeza y la Europa sus libertades. De aquí resultó el verdadero sentido de la lucha entre los papas y los emperadores, entre los jurisconsultos y la aristocracia feudal; de aquí la dignidad del derecho canónico; de aquí

C. Jos, Michels. *Hist. générale du moyen âge*. París, 1835; no publicó sino dos tomos, desde Augusto á Carlo-Magno, compendiados á veces hasta convertirse en áridos, pero que prueban un conocimiento profundo de las fuentes, y una continua atención á los progresos de la sociedad civil.

J. Moller, *Manuel d'hist. du moyen âge, depuis la chute de l'empire d'Occident jusqu'à la mort de Charlemagne*. París, 1836; hace más de lo que promete el título, y abunda en consideraciones sumamente sabias.

A. Tiller, *Geschichte de europäischen Mittelalters*, 1833; se aleja del último modo de ver en estas materias.

Es muy rica en indagaciones y comparaciones ingeniosas la obra de Feder. Kortum, *Gesch. des Mittelalters*, 1836.

G. W. Lochner, *Geschichte des Mittelalters*. Nuremberg, 1840; procuró despojarla de la forma escolástica que tienen todas las precedentes, y escribir un libro de fácil y agradable lectura con sanas miras.

Agréguese Enrique Wheaton, *Historia de los pueblos del Norte... desde los tiempos más remotos hasta la conquista de Inglaterra y de las Dos Sicilias* (en inglés.)

la marcha de aquella larga reacción de los pueblos libres de la Germania contra los romanos, señores del mundo, hasta resucitar la jurisprudencia, hasta convertirse las costumbres en leyes, que fueron adquiriendo fuerza y uniformidad, y hasta la creación del tercer estado, que conculcado ayer por haber sido vencido, se levantará mañana dominante, como vencedor (1), consumando tranquilamente la revolución social más portentosa de los tiempos modernos, por ser la más espontánea.

Si desagrada al principio contemplar tan admirable pasado, desmoronándose á los golpes que le asestan generaciones que destruyen sin objeto, sin prevision, sin esperanza, y ver por tanto tiempo confundirse y chocar los elementos, sin crear nada; en breve atraen la atención el espectáculo de la energía humana luchando con tantas miserias, la tumba de instituciones decrepitas y la cuna de otras nuevas, la religión de lo pasado y la de lo porvenir, el choque de dos civilizaciones, una de las cuales desaparece, mientras que la otra se funda en una ley de amor y fraternidad. El mundo romano subsiste en las ciudades construidas por él, y en la organización de las provincias y de los municipios; el cristiano mantiene vivo el movimiento de las inteligencias y extiende la igualdad; el germánico cambia el modo de adquirir las propiedades, y produce la nobleza territorial y la distinción de las clases: cada uno trata de llegar á ser sociedad y á prevalecer; pero el primero es trastornado por la invasión; el segundo atiende más á la revolución moral que á la política, y deja triunfar al último, que pone la Europa entera en manos de los propietarios y liga al hombre á la tierra.

En medio de esto, no se ve nada que sea exclusivo, nada que sea estrecho; todos se lanzan con el pleno vigor de una voluntad virgen. Al principio vemos pasar ante nosotros razas

(1) «Oui, dirat on; mais la conquête à déranger tous les rapports, et la noblesse à passé du côté des conquérans. Eh bien! il faut la faire repasser de l'autre côté; le tiers état reviendra noble en devenant conquérant à son tour.» Sieyès, Qu'est ce que le tiers état?



de esclavos y de amos, después razas de conquistadores y vencidos, de señores y siervos, de propietarios y colonos; primero el derecho de conquista, luego la dominación territorial; en seguida la libertad del municipio, todo esto desunido y siempre luchando. Si se detienen los ojos en la superficie, no se descubre sino descomposición; si se penetra más allá de la corteza, aparece una organización estable en la constitución religiosa, que da á aquellos tiempos civiles la unidad de que carece el nuestro, entregado á la indolente duda y á la arrogante oscilación. La Roma antigua había unido á los pueblos, pero como se une á los penados en un presidio; en la época á que nos referimos, las relaciones entre los individuos y los pueblos ya no estaban determinadas únicamente por la espada, sino por la fe, la esperanza y la caridad, comunes á todos. Mientras que la opinión y la fiera salvaje de los conquistadores propagaban la guerra, la opresión y las venganzas, el cristianismo predicaba una doctrina de igualdad, de paz, de justicia, de sumisión racional, de mutuo afecto: una autoridad benéfica velaba para socorrer al débil contra los excesos del poderoso: el clero, diseminado entre todos, disminuía las divisiones procedentes de la diferencia de origen, hacia amar una patria común recordando la fraternidad universal, derribaba las barreras que dividían á las naciones, regeneraba la barbarie, se colocaba al lado del barón para señalarle el camino de la civilización, conservaba y restauraba los autores clásicos, reformaba las legislaciones, enseñaba á moderar la autoridad de los príncipes, protegía al pueblo y á la libertad, instituía una jerarquía fundada en la capacidad, desde el humilde clérigo hasta el jefe ante quien se inclinaban los reyes, y la cual sometían los pueblos sus diferencias. La Iglesia, arca de salvación en el naufragio, fijó á los germanos en el territorio, y llamó á toda la Europa á rechazar al Oriente; cuando los mogoles amenazaron de nuevo á la civilización renaciente, acudió á detenerlos con las armas y las predicaciones, é impidió á los turcos aniquilar las instituciones europeas; empresa que en nuestros tiempos no ha excitado sino el

ímpetu ó la ambición de unos cuantos individuos.

Al paso que existía la unidad en la Iglesia, en todo lo demás reinaba la mayor variedad. Los bárbaros, cansados de sus largas correrías, se establecieron en nuevas patrias; y apoderándose de la soberanía política, de la preeminencia social y de la riqueza inmueble, asentaron reinos, á modo de campamentos, dominando sobre una plebe que perdía hasta su nombre. Carlo-Magno trató de dar unidad á aquellos reinos, pidiendo que le consagrasen el único poder reconocido, y que, como superior á las pasiones terrenales, asociaba y emancipaba. Pero sus sucesores no le ayudaron, antes bien, los intereses divergentes crearon tantos Estados como tribus, y después tantos como feudos. Sin embargo, el feudalismo, despedazando la tiranía que pesaba sobre los pueblos, multiplicó los centros sociales, debilitó el prestigio de la fuerza, apagó el ardor de las conquistas, organizó la sociedad por medio del territorio (1); y subdividiendo las propiedades, destruyó la esclavitud y preparó el equilibrio. Mientras que los grandes propietarios se fortificaban en el campo, la ciudad quedó para los que se dedicaban á la industria, cuya asociación, subsistente en todas partes, en el monasterio, en los gremios, en las corporaciones, en las logias de francmasones, redoblaba las fuerzas sociales y hacia que el individuo, consagrándose á la ley de su corporación, multiplicase la vida de cada agregación particular. De consiguiente, si faltaba el orden político, si la moral era grosera, las voluntades eran enérgicas, los hombres vigorosos y no tiranizados por una concentración opresora; y esto facilitó el establecimiento de las municipalidades.

En ningún otro tiempo la tradición de la humanidad ofrece el espectáculo de una clase desprovista de todo derecho, deprimida, que nadie observa y que todos vilipendian, la cual,

(1) «Merveilleux système dans lequel s'organiserent et se posèrent en face l'un de l'autre l'empire de Dieu et l'empire de l'homme; la force matérielle, la chair, l'hérédité dans l'organisation féodale; dans l'Eglise la parole, l'esprit, l'élection; la force partout, l'esprit au centre; l'esprit dominant la force. Michelet, *Introduction à l'histoire universelle*.»